

Eugene Trivizas · Helen Oxenbury

Los tres lobitos y el Cochino feroz



Ediciones Ekaré

*Para Grace
E.T.*

*A la memoria
de Stanley
H.O.*

EDICIONES
ekaré

Traducción: Alex Dearden

Primera edición tapa dura, 2011

© 1993 Eugene Trivizas, texto
© 1993 Helen Oxenbury, ilustraciones
© 1994 Ediciones Ekaré

Todos los derechos reservados

Av. Luis Roche, Edif. Banco del Libro, Altamira Sur
Caracas 1060, Venezuela

C/ Sant Agustí 6, bajos
08012 Barcelona, España

www.ekare.com

Publicado originalmente en inglés por Egmont UK Limited, Londres
Título original: *The Three Little Wolves and the Big Bad Pig*

ISBN 978-84-938429-6-3

Impreso en Singapore



Había una vez tres tiernos lobitos de piel mullida y colas de pelusa que vivían con su mamá. El primero era negro, el segundo, gris y el tercero, blanco.

Un día, la loba llamó a los lobitos y les dijo:
—Mis hijos, hay un momento en la vida en que es importante salir a recorrer el mundo. Viajar y construirse una casa. Pero siempre hay que tener cuidado con el Cochino feroz.

—No te preocupes, mamá. Nos cuidaremos de él
—dijeron los tres lobitos, y salieron a recorrer el mundo.

Muy pronto encontraron un canguro que estaba empujando una carretilla llena de ladrillos rojos y amarillos.

—Por favor, ¿podrías regalarnos algunos de tus ladrillos?
—preguntaron los tres lobitos.



—Por supuesto —dijo el canguro, y les regaló muchos ladrillos rojos y amarillos.

Entonces los tres lobitos se construyeron una casa de ladrillos.



Justo al día siguiente, el Cochino feroz pasó merodeando por el camino y vio la casa de ladrillos que habían construido los lobitos.

Los tres lobitos estaban jugando al cróquet en el jardín. Al ver al Cochino feroz, corrieron a la casa y cerraron la puerta con llave.





El Cochino tocó a la puerta y gruñó.
—Lobitos, lobitos, ¡quiero entrar!



—¡No, no, no! —contestaron los lobitos—
¡Es nuestra casa y no puedes pasar!

—Entonces soplaré y resoplaré
y la casa derribaré —dijo el Cochino.

Los tres lobitos no abrieron
y el Cochino sopló y resopló,
resopló y sopló, pero la casa
no se cayó.

